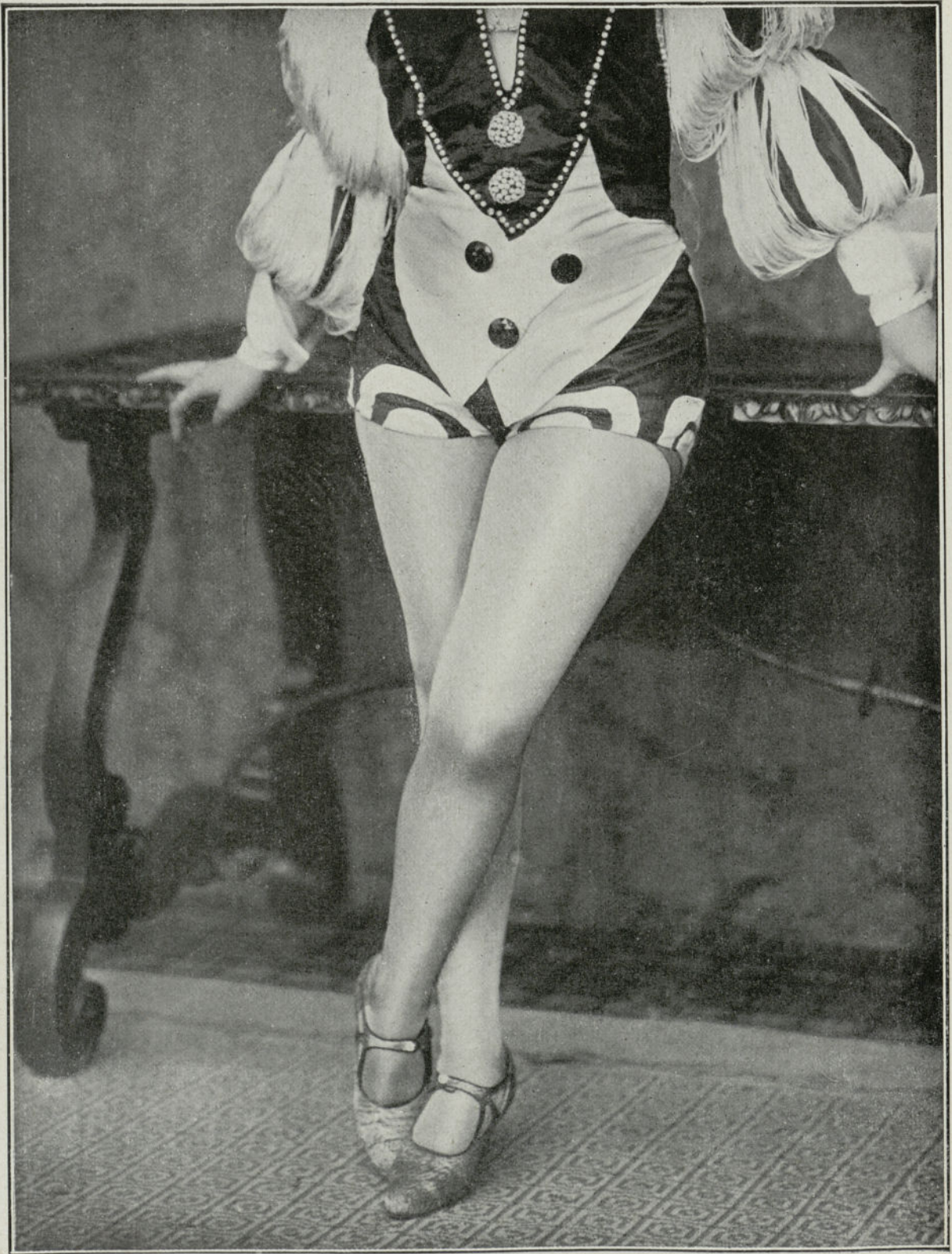


COSQUILLAS

30 céntimos



La verdad es que si mi papá fuera el Comendador del "Tenorio", ¡Le iba a dar cada disgusto!



Concurso de piernas

Núm. 3.

COSQUILLAS

REVISTA COMICO
SATIRICA

Administración:

EDITORIAL 1927

Oficinas: Campomanes, 12

APARTADO 8.032

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II Madrid, 8 de Octubre de 1927 Núm. 54



ALGUNAS MADRES DE ALGUNAS SEGUNDAS TIPLES

Dialogos del natural

—Sabrá usted lo de la Rodríguez, anoche, en la Cuesta de las Perdices...

—¡Calle usted! ¡Pos no lo he de saber! ¡Y luego habla de su hija y de la mía porque *acetan* un sidral pa la digestión!

—¡Pues pa la digestión de lo de anoche le va a hacer falta a ella un tocólogo!

—¿Más tocólogos? ¡Pues si dicen que anoche iban siete con ella!

—Pero esos no eran médicos, eran *tocaores* de guitarra.

—¿Y sigue su hija con el diplomático ese?

—¡Digo! ¡Y que no la quiere ni na!... Y conmigo no cabe más finura pa tenerme contenta. A mí, raciones de solomillo; a mí, cuartos de kilo de jamón; a mí, las docenas de pasteles; a mí, los chorizos gordos como mis brazos; en fin, que más fino y más delicado no puede ser.

—¡Pues está usted mejor que en Jauja!

—¡Digo! ¿Pos y por la noche, cuando nos acompaña a casa? Porque sube un ratito, ¿sabe usted? Pos me manda subir un chocolate del tupi de la esquina y me lo tomo, mientras ellos, pa no molestarme, se van a lo último de la casa; y cuando se va, yo ni lo siento, de cuidado que tiene de no despertarme, mientras hago la indigestión del chocolate.

—¿Y a su hija le regala muchas cosas?

—Así de regalo, na más que unas medias de color *bes*, que de finas que son, las ves y nos las ves; pero lo que dice él: "Yo no me gasto dinero en comprarle tonterías, porque quiero ponérselo en el Monte."

—¡Pues veo a su hija con cartilla!

—¡Oiga usted, doña Sinfo! Haga el favor de decirle a su hija que no le llame a mi niña *modernizá*, porque mi niña no tiene de eso más que la silueta; que mi niña no es de esas que to se les vuelve ponerles peros a los hombres...

—Está bien, doña Ramona; yo le diré a mi niña que no se lo diga; pero dígame usted a la suya que no le de sustos a la mía por los pasillos, a la hora del ensayo cuando no hay luz.

—¡Pero eso es por gastar bromas!

—Bueno; pues en una broma de esas, le regalamos una sartén comprada por suscripción.

—Me han dicho que se casa su hija con un viudo...

—Sí, señora. Ya estaba yo harta de ver todas las semanas una cara distinta. ¡Y semanas de cinco caras!

—¡Ay, qué hijas; cuánto la hacen sufrir a una! La mía ha despreciao mu buenos partidos porque dice que quiere conservar su independencia. Y el caso es que ella sí conserva su independencia, pero en casa no puede parar un mueble blando más de ocho días, ¡Así es que tenemos una guerra mi hija y yo, que no se habla de otra cosa en la vecindad!

—¡Y en todo Madrid! ¡Pos no he oído yo hablar ni na de la guerra de la Independencia!

TELÓN CORTO.



El nene.—¡Señora, yo estoy enamorado de usted!
La jamona.—Pero monín, ¿no comprendes que eres para mí un "vermú" sin aceituna?





COMENTARIOS DE UN DEMENTE

El bonito cuento de la lancha

Esos jueces de Macklemburgo que han absuelto a la joven que asesinó a su novio porque el tal era gordo, merecen todas mis repulsas. Me va fastidiando la hostilidad manifiesta que se desencadena contra todo individuo que sobrepasa los ochenta kilos. Parece como si lo que tragan esos infelices—todo gordo es un infeliz cuando no un perfecto marrano—, se lo quitasen del plato a los flacos. Antes la gordura aparejaba simpatía; pero, desde que anda el mundo tan revuelto, el tejido adiposo es una maldición del Cielo si se quiere, un tocino del Cielo, pero nada apetitoso ni dulce.

A lo que no se había llegado aún, hasta este lance de Macklemburgo que traen hoy los periódicos, era a declarar lícito el asesinato de los obesos.

Supongo conocido el caso... Una joven maestra de escuela amaba—¡sí, sí!—, a un caballero que daba en romana cerca de los cien kilos, pero que era apasionado y vehemente como un

peso gallo... Según ha declarado ella ante los tribunales, el novio la propuso una excursión en bote por un lago romántico y propicio... Iba él remando tan contento y ella al timón tan pizpireta cuando se levantó una gran tempestad. El bote, juguete de las olas y del viento, empezó a embarcar agua. Ella examinó la situación con toda flemma y advirtió la inminencia del naufragio... Había que soltar lastre... Aprovechando un momento en que el galán estaba hecho unos zorros al borde de la borda, ella, ¡zás!, le empujó por la espalda... Nivelóse la barca... Abonanzó la tempestad... Calmóse el lago...

En el Código penal alemán hay un artículo que exime de castigo al que mata por defender su vida. El jurado en Macklemburgo consideró satisfactoria la explicación de la maestra y la puso en la calle...

¡Los gordos no tienen derecho a la vida!

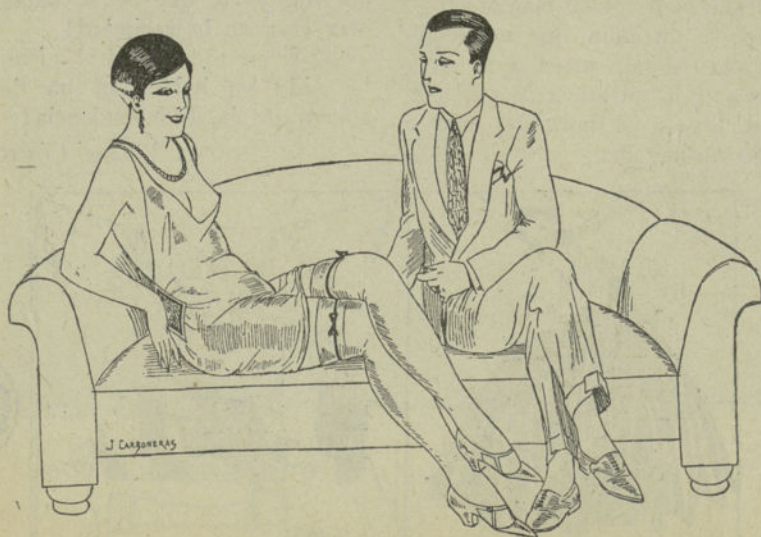
Pero yo, gordezuelo honorario, me alzo contra el fallo inmoral.

Dentro de la barca no ocurrió nada de lo que ha dicho la asesina. Por lo visto los jueces y jurados alemanes no se han embarcado nunca un atardecer en un lago romántico y con una muchacha decidida. Acaeció, sí, que una vez la barca lejos de las miradas de las gentes, al abrigo de la floreste ribereña, dióse cuenta la ingrata de que su gordo amante no podía maniobrar más que en un trasatlántico; que la barca le venía estrecha, que sólo en la popa encontraba acomodo... Y entonces, disputando, se inclinó de babor la barquilla y el galán cayó al agua...

Lo mismo les hubiese acaecido en una excursión en automóvil de dos plazas, en un viaje en "sleeping", en un coche de punto... Los gordos no pueden divertirse en todas partes. Como a los



El revoco de la fachada.



Ella.—Ya le he dicho a usted que soy casada.

El.—Sí; me lo ha dicho usted; pero de una manera...

Ella.—Veo que me ha entendido usted.

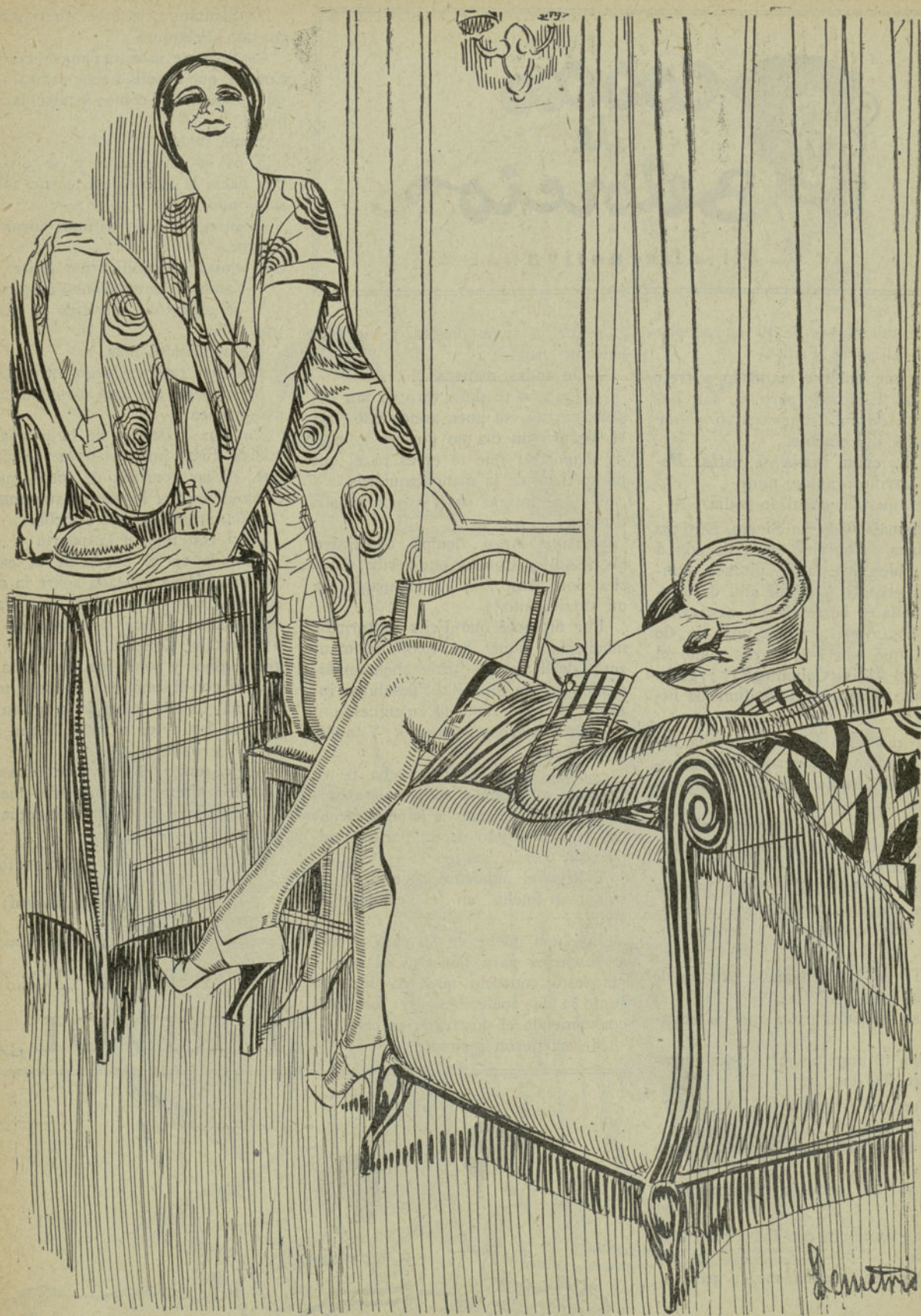
niños chicos hay que decirles: "¡a la cama, a la cama!"... ¡Pero de esto a darles muerte, así, de cualquier modo!... Esto sólo en las islas desiertas, cuando arriban a ellas los procedentes de naufragio y no encuentran cangrejos en las rocas. Entonces, sí. Entonces la gordura es sentencia de muerte.

Macklemburgo no es país de Robinsones, que sepamos.

LEOPOLDO BEJARANO


EDITORIAL 1927

Apartado 8.032



SUCEDIDO, por Demetrio.

- ¿No sabes que hoy vino el dibujante Picó a pintarme desnuda y se ha marchado desesperado?
—¿Te pondrías mal?
—Yo me he puesto estupendamente; el que se ha puesto mal ha sido él.



Cosas de Belorcio

Mi alternativa

¡Qué tabarrones le dí en aquella ocasión al pobre Fritz!

Otro, me hubiese mandado a freir chitos al Escorial; pero él, tan bonachón, sonreía, comprensivo y me increpaba dulcemente.

—¡Oh, cuán bestia te estás, Pelorsio, cariñoso amigo mío.

Y es que la gachí lo valía.

Se llamaba Concha Sierra, pero era de Miura. Negrales ella, tirando a meana, bien puesta de pitones, aunque un poquito brocha; alta de agujas, honda y berrenda en castizales, tenía dos ojos... ¡Ay, una tía de Teddy, qué ojos! ¡negros como el forro del "Miss Columbia"! ¡grandes como el aforo del Stadium de Filadelfia!

Loco me tenía la moza. Y ella parecía coladísima por aquel pasmarote de Fritz, rubio, tan fofo, tan gelatinoso.

¡Pero si no podía ser que ella se diese por contenta con las atenciones del teutón!

—Que se lo cree usted así—protestaba Concha, cuando yo le insinuaba mis dudas—. El teutón engaña...

—¡Tú sí que engañas, pedazo de teutona!

—Eso quisiera usted, que yo engañase.

—Que tú engañases, no: que engañásemos los dos.

—Pues no es por ahí.

—Y, ¿por qué?

—Vamos, estése usted quieto, que le sacudo...

—Con la sacudida me conformo, anda...

Otras veces era con Fritz con quien peleaba.

—Que es mucha mujer para tí, Fritz.

Fritz se reía.

—Que va a acabar contigo, Fritz. ¡Es una morucha de cuidado! ¡Hay que tener mucha mano izquierda!

—¡Oh, carramba, mano izquierda!

¡Yo me la tiene diestra y me está pastante fien!

—De todas maneras...

—¡Que no te estés toro tú tan besado, carray, mi puen amico mío! Ya se llegará un día en que yo te pueda demostrar que te erres tú el que no se tiene de la mano izquierda...

—¡Qué fatigas pasé yo por aquella Concha!

Durante largo tiempo constituyó mi pesadilla. Concha por arriba, Concha por abajo... ¡De galápago era mi sufrimiento!

Por fin noté que Fritz se tornaba macilento; aquel su color de manzana de Kalsruhe íbase metamorfoseando en un amarillo "desahogo infantil" verdaderamente repugnante.

—Esto marcha—pensé—. Y aprendí el cerco.

—Fritz: que esa muchacha te va a echar al tendido. Echate a abanicar por las afueras y ciñete menos que te veo objeto de un parte facultativo...

Y llegó el momento en que mi tesón hizo mella en el espíritu de Fritz.

Fué una noche en su casa. Acudí a buscarlos para llevarlos al cine—modesto consuelo que yo buscaba junto a la apetecible— y los hallé consumiendo el postre de su cena.

Me acogieron jocundos.

—¡Siéntate, carramba, querido amico mío Pelorsio!

—¡Siéntese usted, malange—me dijo Concha, que aquella noche estaba, ¡ay su progenitor, cómo estaba la pobre!!

Y me senté.

El'os se levantaron y se dirigieron hacia la alcoba, con cierto sobresalto mío.

—Enseguida nos salimos toros los infame.

dos—quiso tranquilizarme Fritz.

—Vamos a arreglarnos—aseguró la Y se entraron, cerrando la puerta tras ellos.

Me sobresalté más.

Pasó un ratito. Luego, otro ratito.

Mi cabeza era una pantalla cinematográfica.

Por fin... Dentro de la alcoba, la voz de Fritz imitó el toque de clarín que, en las corridas de toros, indica el cambio para la suerte suprema.

—Pase usted—gritó Concha.

Abrí con ímpetu la puerta y...

Sentada en el borde de la cama, con una pierna cruzada sobre la otra, sin más atavío que el de una clámide liviana tal que la mujer de Putifar estaba Concha. Y Fritz en calzones albos y sonriente, avanzaba hacia mí, con el sombrero de paja puesto, una tohalla plegada a guisa de muleta. Le dejé, atónito, llegar hasta mí y habló:

—Me tengo el custo de ofreserte a usted la alternativa, maestro—me dijo destocándose y tendiéndome la diestra.

BELORCIO

(Continuará).

PRONTO FRIVOLA



J. CARBONERAS

¡Pues señor!... ¡Para seguir leyendo esta novelucha voy a tener que irme al Polo Norte!

Dib. de Carboneras.



MUCHACHAS ULTRAMODERNAS, por Picó.

—¡Pero mujer te casas dentro de tres días, y estás preocupada!...
 —Es que Gorito se va a dar cuenta de que soy una mujer vulgar, porque no va a encontrar motivo de la menor sospecha.



Doña Gertrudis

Invariably, todas las tardes a la misma hora, el criado Juanico se acercaba al ama de la casa, doña Gertrudis, y, montera en mano y ojos bajos, le decía:

—Voy con su licencia, nostrama, a dar una güelta al ganao.

Doña Gertrudis le otorgaba la licencia y no bien había traspuesto el gañán la puerta del corral, cuando llegaba la criada, María, una aldeana sana, robusta, colorada, de no desdeñables opulencias carnales bajo el ancho refajo y, dándole vueltas a una punta del delantal o sacudiéndose con la mano morena algunas migas de la merienda que se le quedaron en el amplio regazo, le decía:

—Voy con su licencia, señora, a dar un vistazo a los bichos.

Los bichos eran dos cerdos, unas docenas de gallinas y unas parejas de pavos, que habían de acomodarse cada uno en los sitios que les correspondían, a fin de que la noche transcurriera en la cuadra dentro de un ambiente de hondo y no perturbado sosiego. Doña Gertrudis, concedida su venía a la criada, veía desaparecer tras de la puerta de la corraliza con un recio contoneo de las poderosas caderas, y luego, marchándose ella al balcón de su sala de recibir, sentada allí en un amplio sillón, entregábase a la rumia de sus recuerdos moceriles, ya un tanto lejanos, o bien no pensaba en nada, sino dábbase toda a la contemplación del crepúsculo hasta que las sombras invadían la estancia y borrraban su fina silueta, envarada y austera. Luego, cuando ya ella se hallaba en lo más profundo de sus ensueños o de su aniquilamiento moral, ajena por completo a las cosas de este mundo, oíase de pronto la voz de María.

—Ya estoy de vuelta, señora—de-

cía—. No ocurre novedad alguna: los pavos tan hermosos, las gallinas, que mañana pondrán quince y los cerdos tumbaos y durmiendo, sin dejar su gruñir ni aun en sueños. ¡Animalitos de Dios!...

Encendía la criada una lámpara de petróleo, le entregaba a su ama la llave de la cuadra y se marchaba a cocinar para disponer la cena sana y abundante.

La señora mojaba una; uvas en una copa de agua; el gato la miraba atentamente; María comenzaba a retirar algunos platos de la mesa. De pronto, la muchacha empalideció intensamente y dejóse caer en una si-



—¡Cada vez que me acuerdo, me muero de risa! ¡Qué proposición más absurda! En el número próximo se lo contará a ustedes Incórdiez...

Dib. de Moliné.

lla, desmayada, lasa la cabeza, derribados los brazos a lo largo del cuerpo.

Doña Gertrudis levantóse sobresaltada clamando:

—¿Qué te pasa, María, qué te pasa?

Acudió a su lado, desabrochóle el corpiño, y comenzó a abanicarla con un periódico que hubo a mano. Visto que todo esto no daba resultado, salpicóle de agua el rostro. La moza, al cabo, fué volviendo de su desmayo; pero no pudo valerse, y así, apoyada en su señora, ganó su alcoba y se metió en la cama.

Doña Gertrudis la acompañó un buen trecho de la tarde hasta convencerse de que aquella indisposición no tenía importancia alguna; después, como la moza, al verse aliviada, intentara levantarse, prohibióselo terminantemente. No era preciso. Lo único de que debía preocuparse era de gozar de reposo. Este reposo repararía sus fuerzas y calmaría sus nervios y la pondría nueva para el siguiente día.

A la hora habitual, he aquí que se presenta Juanico con la estampa de siempre: montera en mano y humillados los ojos. Sus palabras fueron también las de todos los días:

—Voy con su licencia, nostrama, a dar una güelta al ganao...

Cuando Doña Gertrudis le vió traspasar la puerta del corral, cayó en la cuenta de que no le había dicho que María estaba enferma, ni ordenado que, en vista de ello, echara él una ojeada a los bichos.

—Iré yo misma—sormujó.

Y, paso tras paso, la señora encaminóse a la ancha cuadra, donde todos los bichos hallaban cómoda disposición. Por la puerta entraba una débil luz crepuscular. En las casi tinieblas reinantes, Doña Gertrudis fué contando sus gallinas: una, dos, tres... Débiles cacareos le llevaban el contrapunto... Llegó adonde yacían los cerdos. Agachóse para rascarles la andorga y ellos le correspondieron con unos profundos gruñidos de satisfacción.

¿Qué pasó de súbito?... Doña Gertrudis sintióse cogida y levantada en vilo por unos robustos brazos, que la arrastraron y la derribaron en un rincón tenebroso sobre unos haces deshechos de paja. La impresión dejóla sin habla.

—¿Qué hambre tengo de tí, Ma-

ruja, qué hambre!—rugió sordamente una voz: la de Juanico.

Como era de esperar, María se levantó temprano y dedicóse a sus so buena. A la mañana siguiente tareas habituales. Conservó inalterable, durante todo el día, su alegría de alondra, que la incitaba a cantar constantemente con su voz cascabeleadora y jovial.

Cuando llegó el atardecer, acechó el momento en que Juanico pidió al ama licencia para ir a dar una vuelta al

ganao. Y entonces ella, siguiendo su vieja costumbre, presentóse también a Doña Gertrudis.

—Voy con su licencia, señora—le dijo—a dar un vistazo a los bichos.

Doña Gertrudis, en vez de contestarle, contemplóla de hito en hito unos segundos. La moza, nerviosa, doblaba y desdoblaba, en tanto, la punta izquierda de su delantal. El ama, al cabo, habló. He aquí sus palabras:

—No te preocupes más de los bichos, hija mía. Yo me encargo de ellos desde hoy...

JOSÉ LUENGO.

Un poco de paciencia, poca, para las Postales de Demetrio y Picó. Un poco de paciencia, poca, para FRIVOLA



—¡No le hagas caso, que ése lo ofrece todo de boquilla.

—¡Pero si siempre tiene el pitillo!



Charlas de Incórdiez

Lecciones de buen gusto

Desde hoy, y como resulta de un susto, voy y a decir mis payasadas con la misma intención de siempre, pero con una más elegante manera. Hay que *reconocer* y *darle una carrera* al principio de que la grosería en muy pocos casos llega a la plenitud de la gracia. ¿Cómo les gusta más una mujer guapa? ¿Vestida con exquisito gusto y con ricas telas, lavada y perfumada, o sudorosa y mal vestida con burdos trajes ridículamente confeccionados? (Como en el primer caso, ¿verdad?)

Sospecho que algún chuffón dirá que él las despoja de las vestiduras, y que en tal situación, lo mismo le da; pero yo le recuerdo el importante detalle del aseo personal; de los higiénicos cuidados de la mujer limpia y elegante; de la ausencia absoluta del olor a mercado; en fin, del perfume que sustituye al hedor. ¡Me parece que me explico!

Por lo tanto, desde hoy he de gansear perfumadamente, estilizadamente. Quédense las procacidades gordas para el teatro, que es donde no dan disgustos a sus autores, y es donde producen dinero. ¡Las leyes de los hombres son así!

Y después de estas sentenciosas palabras, empecemos la

PRIMERA LECCIÓN

Cuando la casualidad te depare la amistad de una mujer guapa é interesante, no te precipites. Estrangula tu natural impulso de forzar groseramente en una declaración llena de lugares comunes, dichos entre gruñidos de hombre primitivo y muecas de orangután rijoso. A ella le ha de gustar y ha

de acercarla a tu deseo la elegante compostura que observas ante ella, con una pierna montada sobre la otra y golpeando suavemente con la contera del bastón la punta de tu zapato.

Repito que sofoques con férrea voluntad tus impulsos de arrancarte por groseras acometidas y roncas frases de cochero enardecido, y mírala tiernamente, y para demostrarla hasta dónde llegas en tu sacrificio por no llenarla de sus-



PARAISOS ARTIFICIALES

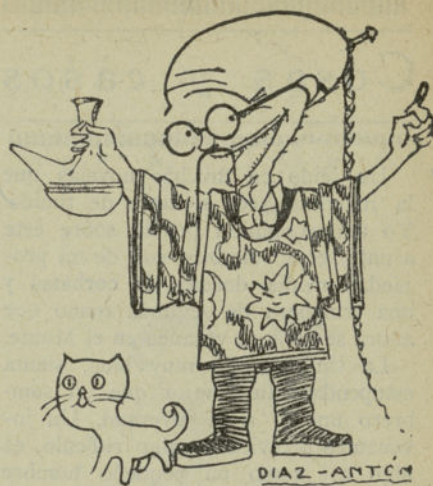
—Tú necesitas del opio para soñar cosas gratas. En cambio yo, no tengo
del señor L

to en tus agresivos atrevimientos contra su pudor; y cómo tienes que entretener tu boca para que no emita las frases eróticas que hierven en tu cerebro, cómete lentamente la petaca, una manga de tu americana y el ala del sombrero; la copa la dejas para después.

Si ella, al ver cómo sufres por no ofenderla, y al ver cómo destrozadas tu indumento, no se abalanza a ti para suplicarte que no sigas comiendo cosas y que le mani-

fiestes francamente tu pretensión. me cerceno los pies, y ¡adiós charlas de Incórdiez y adiós cocido!

Y ya ella abalanzada sobre ti, puedes romper el encanto de tu cortesía para dejar en libertad al indecoroso elefante del deseo que llevamos dentro; que así llamo a lo que otros llaman bestezuela; la bestezuela la llevarán ellos, ¡miseros! Yo llevo al oso de la caverna, o, cuando menos, una jirafa cuaternaria.



¡Vaya extraordinario de Biblioteca de Cosquillas que estamos preparando!

Y digo que cuando, ella se abalanza a ti para que no te comas del todo tu americana, puedes dejar de ser correcto, porque yo te aconsejo la corrección antes del contacto, pero una vez efectuado el más ligero... ¡El hombre es fuego y la mujer estopa! Y para esa clase de siniestros no tiene eficacia nuestro benemérito Cuerpo de Bomberos.

INCÓRDIEZ,
Arbitro de elegancia.
(Se compran botellas y sifones.)

NOTA. — Aquí, para entre nosotros, he de manifestar que no estoy muy convencido de mis teorías respecto a esa correcta continencia ante las damas; ¡vamos, que...! El caso es que cuando me puse a escribir... ¡Pero no! ¡No! He dicho que no, ¡rediez!

**FOTOGRAFÍAS
GALANTES: RARAS
Hermosas colecciones**

10 pesetas en sellos de Correo
Escribid a **Excelsior**, Poste Res-
tante Central

BORDEAUX (FRANCIA)



FICIALES, por Picó.

no más que pensar en el capitán de regulares que tú sabes... ¡Y me río yo del paraíso
or Mahoma!

Cosas y casos

He leído en muchas novelas que la juventud peca siempre de tímida. Yo tengo opinión propia sobre este asunto, como también son de mi propiedad media docena de corbatas y una trinchera de segunda mano que ahora se halla de veraneo en el Monte.

La timidez está muy bien, sienta estupendamente (mejor que un sombrero nuevo) a la juventud. Un jovenzuelo atrevido es algo ridículo, es algo así como un pequeño hombre que, queriendo parecer sabio, no demuestra sino que es un ignorantón al que es más fácil dársela con gruñer que a un tímido, pues éstos piensan mucho las cosas, pero cuando se deciden ya han estudiado bien el asunto para que no les corten el cabello al rape; aunque muchas veces cuando se deciden ya no pueden aprovechar la ocasión.

Yo fui tímido, tal vez como el que más; pero fui listo (la humildad la tengo en una cajita de naftalina para que no se apolille).

Tenía yo diez y siete años y una libreta en la Caja Postal de Ahorros. Era un pequeño hombrecito con aires de conquistador y tenía el convenci-

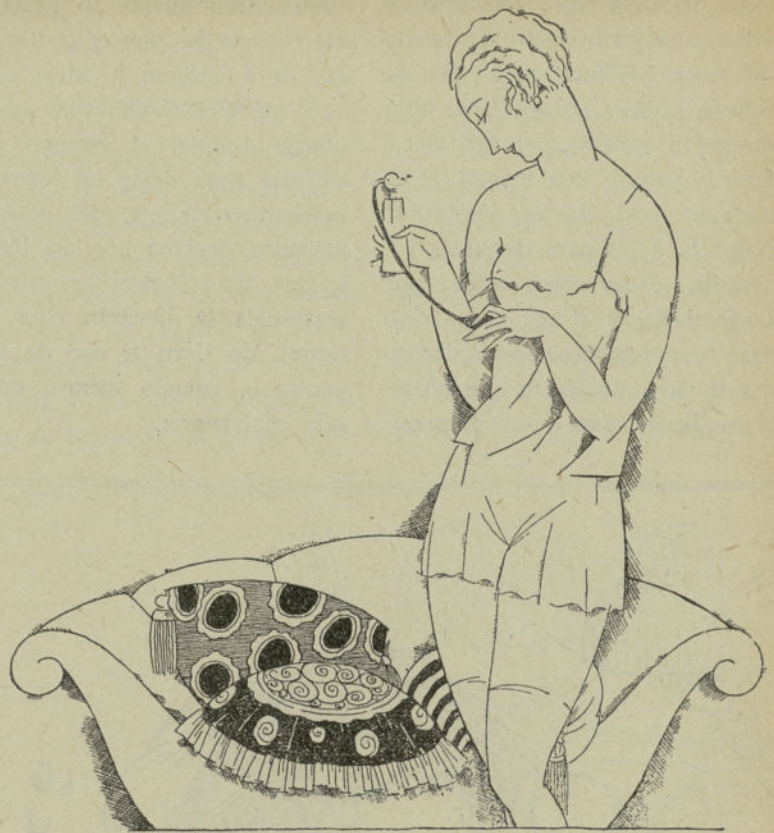


El.—Acepte usted estas rosas...

Ella.—¡A mí no me gustan las flores!...

El.—Que he envuelto en un billete de cien...

Ella.—¡Pero las rosas me encantan!



—¡Que mal huelen los mozos de cuadra aunque sean guapos!

miento (¡lo que son los pocos años!) de que ninguna jovencita se resistía a mis insinuaciones.

No comprendo cómo podía agradarlas, porque nunca heme considerado como un Adonis y mucho menos un Petronio; pero lo cierto es que tenía un buen cartel entre las damitas. Ahora que han pasado algunos años, comprendo que era mi timidez lo que las gustaba. Querían, encontraban ellas un gran placer en coquetear conmigo e iniciar siempre los juegos inocentes a que nos dedicábamos en el cine o en los lugares desiertos.

Tuve varias novias; pero especialmente recuerdo a una que es la que motiva el presente relato.

Llamábase Pilar. Era una hermosura de diez y ocho primaveras (son los novios que tuvo antes que yo). Morenita, de ojos negros, hermosos, brillantes, boquita pequeña, erguido el busto hacía notar un enloquecedor desnivel que eran sus senos, y así todo el cuerpo. Era demasiado bonita.

Fué la única muchacha con la que me atreví a determinados escarceos

que nunca había saboreado, hasta que un día, día 3, por cierto (recuerdo tan bien la fecha, pues era el día en que acostumbraban a venir los ingleses a mi casa), fuimos a la Moncloa y me propuso algo que ninguna mujer decente propone. Y fui tímido, más bien prudente; me acordé de mi timidez y evadí diestramente sus insinuaciones; dejé de ir con ella.

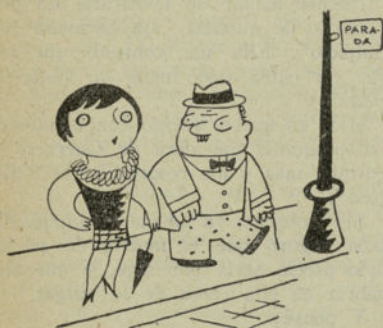
Tres meses más tarde supe que Pilar casábase con mi sucesor. Un chico muy listo, que cayó en la red.

¡Bendita sea mi timidez, y que San Cornelio acoja en su seno al joven esposo! Pero no seáis tontos, y cuando se os presente algo que invite al mordisco, o en el cine se coloque a vuestro lado una jovencita de esas que ponen en los padrones: "Profesión: labores propias de su sexo", averigüad qué clase de labores son éstas y decidlas por lo bajo: "Señorita, con mucho gusto me espansionaría con usted. Tengo una moneda que puede seros muy útil."

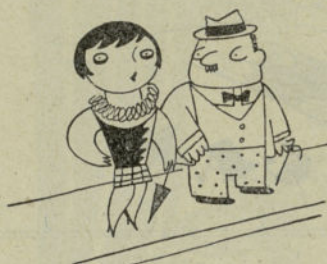
Si acepta, acordaos de lo que os he contado y de que los mejores son los de 1,50.

MIGUEL NAVARRO.

DESILUSION, (por MIHURA)



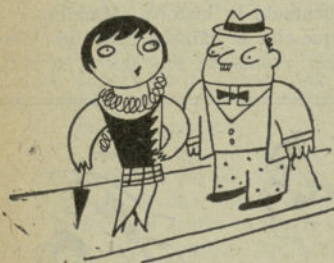
—¡Vaya mujer!...



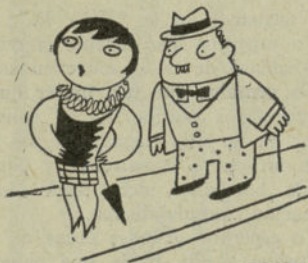
...¡Es usted mi tipo, prenda!...



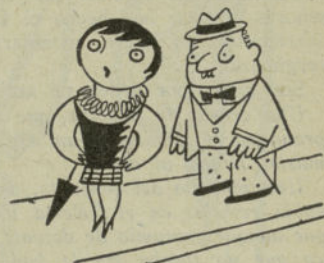
...Por una mujer como usted era yo capaz de todo...



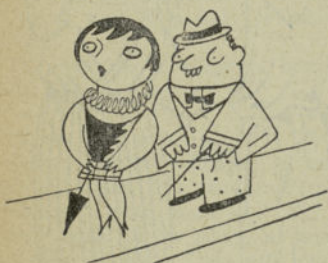
...Esas son hechuras...



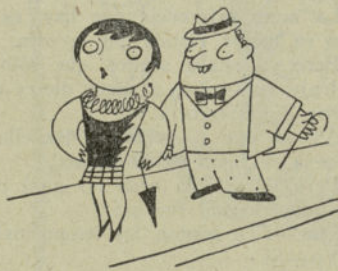
...Si usted me quisiera un poquitín, millones la ponía a su disposición...



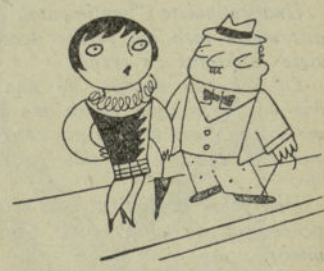
...Y tendría usted lo que pidiese por esa boca...



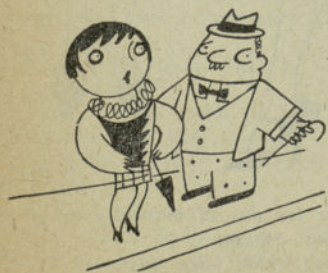
...Y todo lo que se le antojase sería para usted...



...Y todo el dinero que yo ganase sería para su cuerpo serrano...



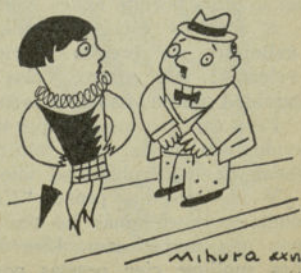
...Y no le faltaría a usted de nada...



...Porque yo la daría lo que usted pidiese...

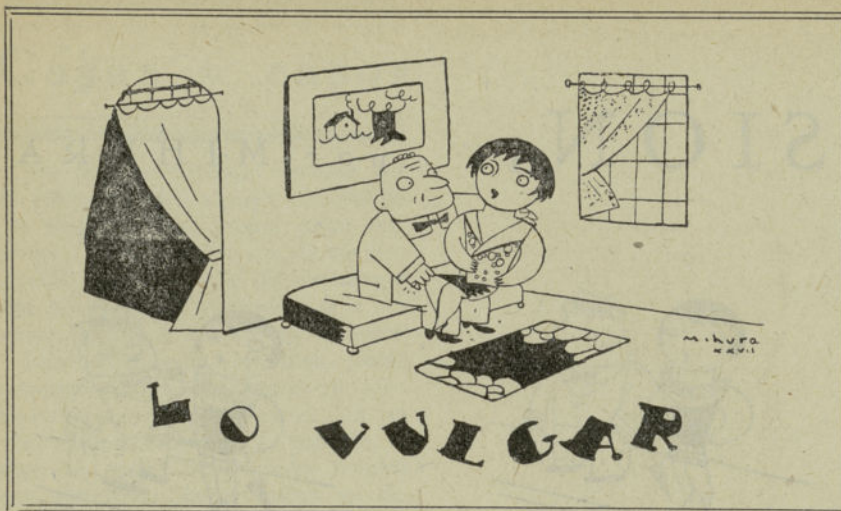


—Bueno. Vivo aquí cerca. ¿Llevas un duro a mano?



—¿Y no podría usted dejarlo en menos?

Mihura xxii.



Mi lista de conquistas es vulgar como padecer de anginas.

Es una lista, tonta. Y más que tonta, es de una imbecilidad de gallina clueca.

En mi lista, figuran las siguientes señoras que me han hecho el favor de acariciarme sin interés monetario y sin vergüenza.

Son estas, por orden de antigüedad:

Una criada de Segovia, que tenía un grano en el servicio y un novio en un muslo. Digo; al revés.

Una señorita del conjunto, de cuando había revistas en el "Reina Victoria", que aunque presumía de decente, lo único que no tocaba era la bandurria, y esto, porque su padre padecía de neurálgias.

Una señora casada, de cuarenta y dos años, que me obligó a peinarme con raya a un lado.

Una tanguista "sentimental," que en dos meses me hizo perder doce kilos y siete camisetas de crepé.

La segunda damita, de una compañía de verso, que ahora me ve y no me saluda, cosa que no me extraña, porque ella siempre ha sido poco saludable.

Una pobre modistilla, y la hija de una vendedora de churros de Cuatro Caminos.

Todo esto es verdad. No crean ustedes que lo digo para presumir. Si así fuera, ahora tenía la ocasión de decir que entre mis conquistas figuraba una domadora de tigres (cosa que ansío desde mi infancia), y, sin embargo, no lo digo porque no es cierto.

A más de estas, he tenido amores callejeros de precios corrientes. Corrientes; ter, cuatro, ocho. De esta cantidad nunca había pasado.

Pero confieso que siempre me he aburrido con todas estas mujeres. Eran todas de una vulgaridad idiota.

Y el otro día, pensé. "Esto es sin duda, porque jamás he tenido amores con una mujer cara. Una señora que nos suplique cien pesetas por hacernos compañía un rato, no puede ser vulgar. Debe saber bien sus quehaceres. Debe distraernos mucho".

Y convidé a cenar a una que me presentaron en "Regina".

Y cenamos en la "Viña P."

Yo esperaba que durante la cena ella me hablase de cosas entretenidas.

Yo pensaba, que una mujer que pide veinte duros porque se la convida a cenar en un sitio elegante, y por llevarla a un teatro concurrido, y por comprarla bombones, debe tener una conversación agradabilísima.

Yo esperaba grandes cosas de ella.

Porque a ella había que obsequiarla con veinte duros, Y a otras, por hacer lo mismo, se le dan dos.

Y las dos son mujeres. Las dos se dedican a lo mismo. Las dos viene a ser de igual belleza.

La única diferencia que hay, es que una va mejor vestida que la otra.

Pero yo estaba seguro, que sólo por el traje, no se iban a pagar diez y ocho duros de diferencia.

Así es, que yo esperaba que ella hiciese algo fuera de lo normal.

Pero durante la cena no pasó nada. La conversación fué así:

Ella.—¿Te gustan los lenguados?

Yo.—Sí.

Ella.—Acércame el pan.

Yo.—Toma. ¿Quieres más vino?

Ella.—No. No quiero beber mucho. Se me sube a la cabeza.

Yo. (*Pretendiendo hacer un chiste.*)—Así no tienes que comprarte sombreros.

Ella.—¡Tonto! Estos escalopes están sosos.

Yo.—Toma. Echale sal.

Ella.—Gracias.

Como verán ustedes, este mismo diálogo se puede tener igualmente por dos duros.

Después hablamos de los varietés.

Ella.—Llévame a Maravillas.

Yo.—¿Te gustan las cupletistas?

Ella.—Sí. Me entretienen.

Yo.—¿Quien te gusta más, Dora la Cordobesita o "la Yankee"?

Ella.—"La Yankee", es más alta.

No quiero pasar por roñica. Pero creo que esta opinión con 5,60 está bien pagada. Yo tenía derecho a esperar, que una mujer como ella, me hiciese una crítica de las citadas estrellas y me explicase un poco su arte. Algo, menos una opinión tan vulgar.

Intenté hablar de literatura. La pregunté si le gustaba "La hermana San Sulpicio". Ella me contestó que no; que no había leído nada de *Valle-Inclán*.

Hice un nuevo intento con la música. La pregunté qué obra de Guerrero le gustaba más y me respondió que "Marsa".

Sin embargo, yo no me desanimé. Estaba seguro que el motivo de su subido precio sería por algo, y que algo habría en ella fuera de lo vulgar.

Y pensé:

—Quizá su historia sea algo novedoso. Algo que no se haya oído nunca. Algo pintoresco y triste. Alguna historia de amor y de dolor...

Y la dije:

—Cuentame tu historia, Manolita.

Porque ella se llamaba Manolita, como cualquier criada de seis duros, o como



—De los dos el más alto es el que será mi esposo.

—Has tenido buen gusto.

—¡Mujer, qué cosas tienes!..., no le he permitido ni la menor expansión.

Dib. de Margnat.

cualquier señorita de la clase media. Ni siquiera se había molestado en llamarse Chón, ni Lichu, ni Alma, ni Aurea, como correspondía a una mujer de ese precio.

—Cuentame tu historia—la dije. Y me contó su historia.

Era hija de un empleado del Ayuntamiento. Su madre quedó viuda con una escasa pensión, cuando ella contaba quince años. Y entonces, la pobre madre, para ayudarse, puso una casa de huéspedes. Uno de ellos, estudiante de Sevilla, la perdió. Más tarde, empezó a protegerlas un señor ya viejo, amigo de casa...

Esto, ciertamente, era un engaño. Aquella mujer me estaba estafando. Yo tenía derecho, a que por el dinero que me costaba, me contase una historia menos vulgar. Una historia recién estrenada, que no estuviese adquirida en el saldo de las historias. Una historia que comenzase así:

—Mi madre, famosa equilibrista de un circo de Argel, al cumplir treinta y tres años, se escapó con un fakir indio, domador de serpientes. Vivieron en Tokio...

En fin. Una historia que costase los veinte duros. Es lo menos que se podía pedir...

No obstante, pensé:

—No será en esto en lo que consiste la diferencia de precio. ¡Quién sabe si a la hora de las intimidades!...

Y la llevé al teatro y luego a tomar chocolate a la Granja. En estos sitios tampoco se le ocurrió ninguna cosa notable que decirme.

Sólo una vez me dijo:

—Me gustan muchos los bombones, chiquillo.

Y otra me preguntó:

—¿A qué hora sale el expreso de Irún?

Y como yo le dijese la hora de salida, ella repuso:

—¡Ah!

Y no hubo más.

Hasta que entramos en su casa, que eso sí, estaba bien puesta. Pero yo no necesitaba para nada que allí hubiese una vitrola, ni un piano, ni una bonita pantalla de seda. Todo esto era superfluo. Yo creo innecesario dar veinte duros por contemplar estos objetos.

Ella se sentó sobre mis rodillas y yo pensé:

—Ahora es cuando esta mujer, en su elemento y fuera de las miradas de las gentes, me hará comprender la razón de su precio.

Pero me dijo estas palabras.

Hablamos así:

Ella.—¿Tienes sueño, mi vida?

Yo.—No. No tengo sueño.

Ella.—Yo tampoco. Me he levantado muy tarde.

Yo.—¿A qué hora?

Ella.—Cerca de las cuatro. Claro, que anoche me acosté de madrugada, y yo necesito dormir mucho. Si no, estoy todo el día con mal cuerpo.

Yo.—¡Ah!

Ella.—Sí. Soy muy perezosa.

Y tras esta transcendental confesión, para demostrármelo, se despreczó como una gatita mimosa y me dió un beso en un oído.

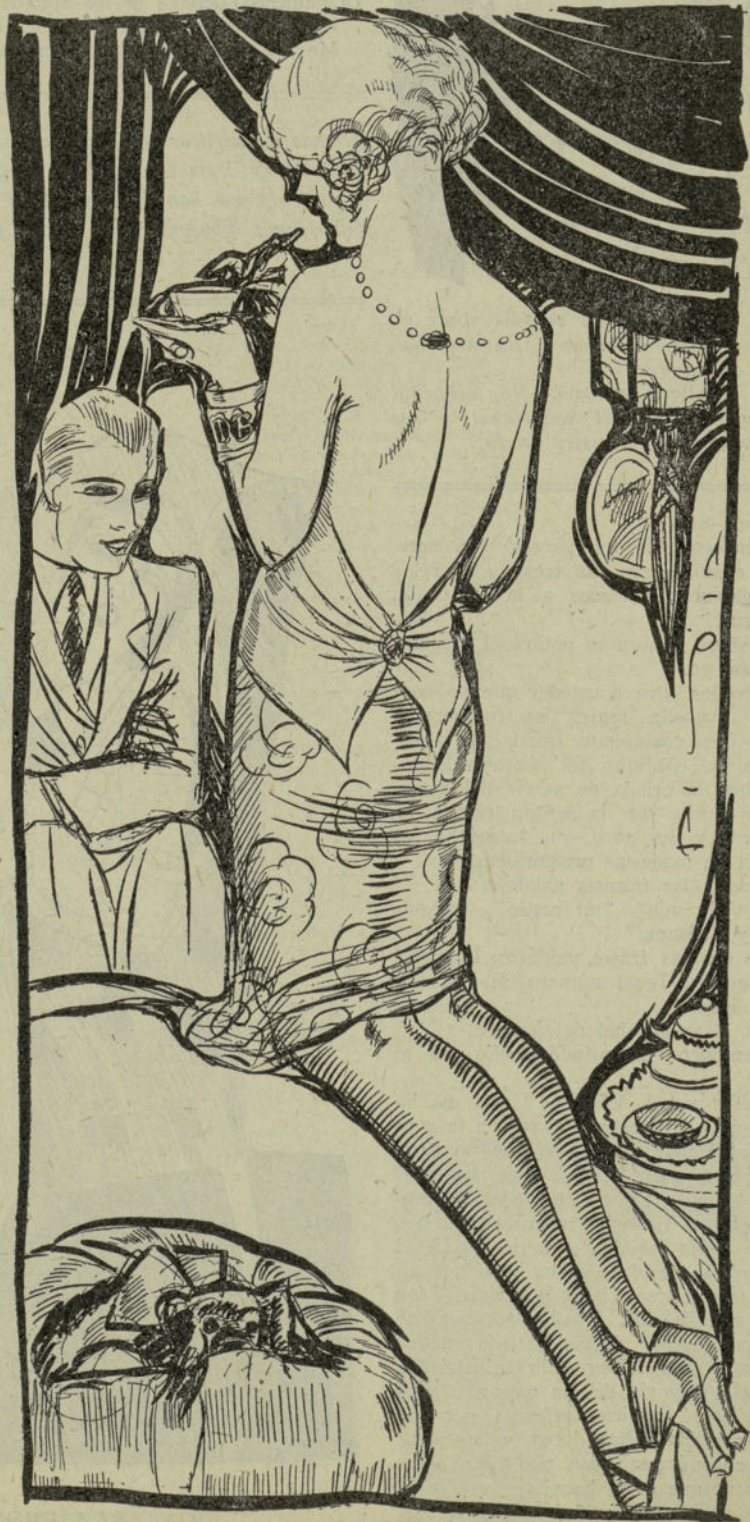
Esto no me causó ninguna sensación. es un viejo truco que emplean con co-

quetaría todas las mujeres desde los diez y ocho años.

Siguió luego:

Ella.—Me gusta mucho este pañuelo de seda que llevas en el bolsillo.

Yo.—¿Sí?



TIROTEO, por Picó.

El.—Es una lástima que sea usted casada Maruchi.

Ella.—Será una lástima para mí. Para usted es posible que sea una suerte.



La fresca que está sentada sobre el joven.—Oiga, caballero. ¿Es una novela de amores?

El caballero anciano.—No, señorita. Es un tratado del yodoformo y sus aplicaciones; debe usted leerlo.

Ella.—Sí.

Tampoco esto me pareció suficiente. Y como dieran las tres en el reloj del gabinete, pasamos a la habitación contigua.

—Ahora. Ahora se notará el precio—pensaba yo.

Pero les juro a ustedes que no noté nada. Aquella mujer se comportaba como otra cualquiera. Igual que la señorita del conjunto del Victoria Eugenia, que la criada de servir del grano en el muslo, que la señora casada de cuarenta y dos años, que la infeliz pecadora de modestas pretensiones.

Y decía las mismas palabras:

—“Vida mía”. “mi negro”, “chiquillo” y “bésame”.

Las mismas frases vulgares. Los mismos gestos. Igual número de suspiros. Todo igual.

Era la vulgaridad de siempre.

Y entonces, me enfadé mucho y se lo dije:

—Mire usted, señorita. Usted me ha estafado. Usted está estafando a la gente. Usted pide un dinero que no tiene derecho a pedir. Usted, dice las mismas estupideces que dicen todas las mujeres. Usted tiene las mismas cosas que tienen todas las demás mujeres. Usted da los besos en las orejas, igual que todas las mujeres. Usted nos aburre con su charla frívola, igual que todas las mujeres y, por último, usted practica el amor, y lo falsea y lo industrializa como la mayoría de las mujeres. ¿Me quiere usted explicar, señorita, por qué usted necesita veinte duros, y hay otras que se conforman con uno, por hacer lo mismo que usted hace?

Ella al ver mi actitud se echó a llorar.

Yo, seguí recriminándola.

—¿Tiene la bondad de explicarme, qué ha estudiado usted, qué cultura, qué

conocimientos, qué condiciones, qué méritos, aparte de estos trapos de seda, cree usted tener, para exigir esa cantidad, tan superior a la que otras suplican?

Entonces ella dejó de llorar y replicó.

—Sí, señor. Es que nosotras, las que cobramos este dinero, no cantamos nunca llamenco, delante de los amigos.

Fué lo menos vulgar que escuché.

Me fuí, después de dejarle encima de

la mesilla de noche el billete de cien pesetas.

Ese billete de cien pesetas, que no nos quieren en ninguna parte por dudar de su autenticidad, y que, fatalmente, va siempre a caer en manos de estas pobres orgullosas de su cuerpo...

(Hombre, ¡qué bonito!)

MIGUEL SANTOS.

(Ilustración de Mihura.)

Hemos de suplicar un poco de paciencia a los numerosísimos peticionarios de las postales de Demetrio y Picó, porque se ha retrasado en unos días la entrega de los clichés que han de servir para la tirada de las bellísimas postales de los popularísimos dibujantes, que saben poner en sus dibujos la más elegante sensualidad.



DONCELLA PARLANCHINA, por Demetrio.

—Yo se por qué está, aburrida la señorita. Yo se lo que hecha de menos la señorita. ¿Quiere que lo diga?

—¡¡Calla!... No digas cochinerías.

Filosofía Conyugal

—Yo comprendo las cosas que me dices y comprendo que tiés qu'estar muy harto d'aguantar a esa fiera con enaguas, pero escucha si quiés que sea franco y te dé dos consejos meritisimos de los qu'este arcipreste sabe darlos cuando no pintan copas.

—Ya t'escucho.

—Dame si tienes antes un cigarro.

Mira, Ezequiel, el hombre que posee dos adarmeş de sexo bajo el cráneo y que sabe tres siestas d'este mundo, no debe razonar com'un caballo d'un carro de mudanzas, porqu'entonces, me viene a demostrar qu'está algo guerfano d'ideas societarias, ¿me comprendes?

—Por la mitá.

—Pues hombre, t'hablo claro y hay que ser más cerrao c'una bombilla para no diglutir lo qu'está llano... En fin, resumiré mejor m'idea: ¡que no debes echar los pies por por alto y soltar cuatro coces con reprise p'arreglar los asuntos del cotarar familiar! Y, ahora, ¿entiendes?

—¡Ahora entiendo!

—Si no, demostrarías ser un asno.

Yo conozco el carácter algo brusco que se suele gastar la señá Amparo y me sé sus defectos al dedillo, porqu'he sido su yerno cerca un año, con lo cual es poner de manifiesto que conozco la tela un rato largo.

Yo t'azmito qu'estés hasta los pelos d'aguantar a esa dama sus catarros, pero creme, Erzequiel, no ay c'alterarse y hay que ser, ante todo, un hombre práctico, porque, vamos a ver, ¿tú c'adelantas con cojer a tu suegra como a un gato por la espina dorsal y darla un cate y ponerla en la calle su camastro, si a los cinco minutos va la hija y recoge en un lío toos sus trastos y plantea el divorcio y toma el tole y s'ensucia en tu afezto sin reparo?

Pues consigues tan sólo, ver deshecho ese nido feliz como no hay cuatro y encontrarte en la calle com'un mendigo, y lo qu'es aún más triste confesarlo, con el piri en problema. Este es el eje y no debes jugar con los garbanos...

—Mira, Paco: toas esas reflexiones, hace un lustro las vengo masticando y si no hubiese sido porque tengo unos doce quintales de liviano, a estas horas estaba menda célibe, por c'había cogio a ese espantajo y l'había mascao la región glutea...; pero no quiero dar un espectáculo y por eso he acudío a tu sapiencia,

a ver qué m'aconsejas c'haga, Paco.

—Lo que t'he dicho enantes, mucha calma pa mostrar c'hay enjundia bajo el cráneo.

—¡Si es que ya no pué ser que me refrene al oír los relinchos d'ese asno!

Te voy a relatar un episodio pa que juzgues si soy mejor c'un santo y si tengo motivos o no tengo, p'abollarla la testa a garrotazos. Estábamos sentaos, yo y la Consuelo, ayer tarde sobre eso de las cuatro, cuando, sin darme cuenta del asunto, sentí por tóo mi cuerpo un algo extraño, y... lo qu'es natural en un buen conyugue, que como cá mortal tiene su flaco; me dió por reclamar de mi señora cierta expansión (c'omito del relato p'abreviar), sin fijarme tan siquiera que s'hallaba esa yena viendo el azto.

—¡Arrea Veremundo!

—Tú calcula

el bufío que dió la señá Amparo y la salva de frases escogidas que tubo a bien largarme. ¡Un diccionario! ¡Dime tú si era el azto deshonesto, tratándose d'esposos morganáticos!

—¡C'ha de ser!

—Pos no ostante mis razones,

estuvo tóa la tarde rebusando, hasta que ya m'harté d'oír la murga y me largué de casa más c'a paso, por no coger la fuente del cocido y tirársela y darla en cualquier lado.

—¡Que se la tire P'rin! ¡Valiente primo si haces eso y te buscas el verano! Obrar así es pensar con una pata.

—Pos por ese motivo t'he buscado

pa que tú m'asesores. ¿C'hago entonces?

—Chico, el asunto es algo delicado

y m'encuentro cortao p'aconsejarte.

—Dime siquiera cómo en ese año, c'has vivido al unis con la Consuelo, pudistes aguantar tóos sus chispazos... porque tú no eres hombre que se deja na más que porque sí sobar el ato.

—A mí no me lo soban. Ya conoces el carácter que tengo si m'enfado; pero en esa ocasión la pobre vieja fué conmigo más güena que el pan largo.

—¿Cómo fué?

—¡Por qu'entonces s'encontraba en el penal de Henares veraneando!

—Pero, ¿no las tratao así en familia?

—El día que vino a nuestro lado.

—¿Nada más?

—Nada más. Y fué bastante

pa ponerme a dos dedos del cadaño, pues tuve que acogerla en nuestro seno armao con un garrote de los anchos pa que no me lisiase.

—¿Y con too eso me quiés recomendar que tenga cuajo?

¿Por qué no l'aguantastes tú sus coces?

—¡Porque no es predicar como dar grano!

Bueno es c'haiga becerros que se dejen

torear de muleta a cada paso,

pero d'eso a c'a quián torearne...

hay más que dende España a Montecarlo.

FIDEL PRADO.



El.—Hasta mañana y que descanses mujercita querida.
Ella.—¡Menos cortesías, Juan!



Ella.—Le guardas rencor a mi marido.

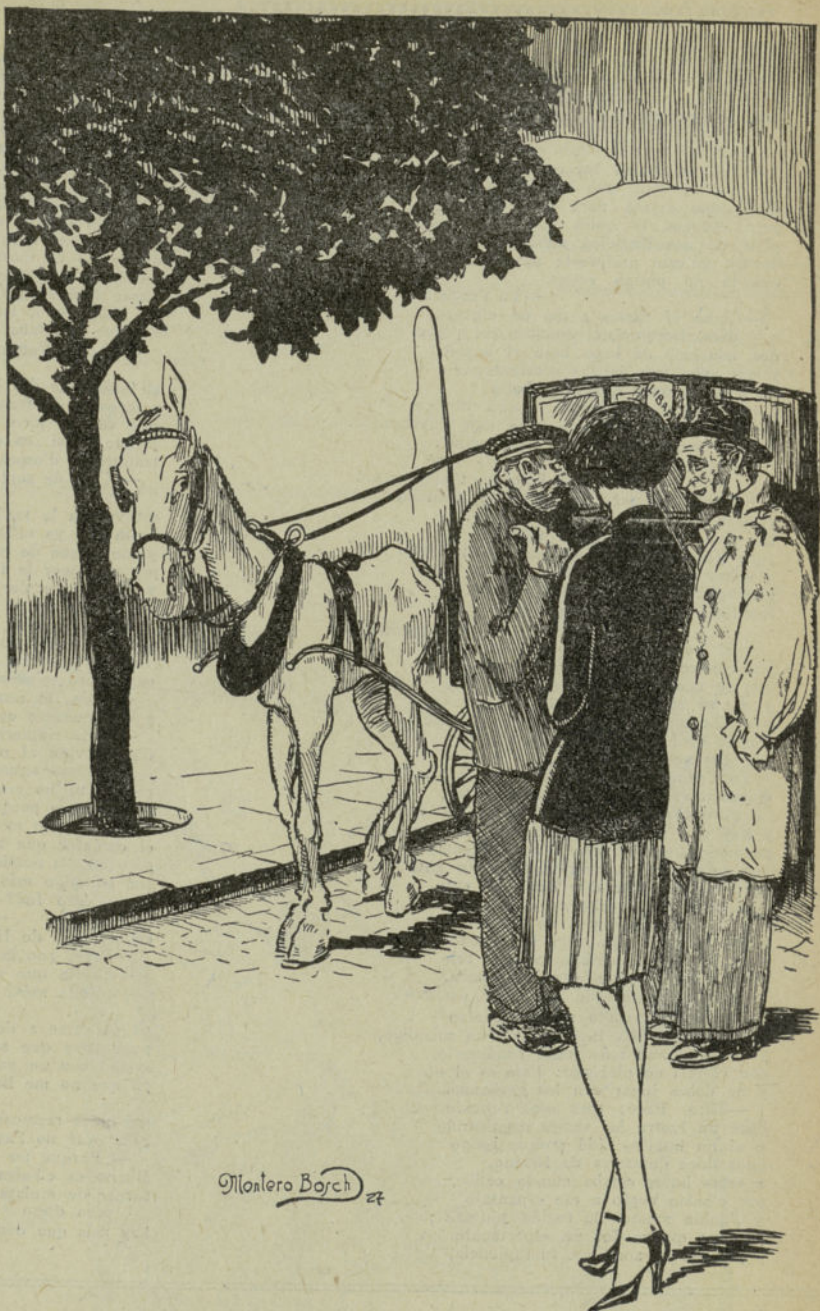
¡Ya vuelven los estudiantes!

Ya vuelven los estudiantes
en alegre algarabía,
ya la tuna cofradía
retorna plena de afán;
ya las aulas solitarias
cobrarán vida y rumores,
y a su son los profesores
con encono rabiarán.

Ya la modistilla inquieta
por su ausencia entristecida,
vuelve a verse complacida
al sentirse requebrar.

Ya las pobres hosteleras
han de sufrir sus sablazos
y a diario habrá llenazos
en las salas de billar;
ya los mil covachuelistas,
que del libro hacen comercio,
comprarán a cualquier precio
de los textos el granel
y en el Monte ha de haber cola
para hacer en él la ofrenda
de la más preciada prenda,
aunque juegue un gran papel.

Ya la Bombi abandonada
—de sus triunfos, campos un día—



Montero Bosch et

COCHERO PRUDENTE, por Montero Bosch.

—Mire usted señorito. Con este caballo, no me comprometo a llevarlos a ustedes al paso. Además que al paso que va usted si lo llevo al paso va a ser al paso pa un sanatorio.



Ella.—¡A mí no me vuelvas a decir que soy complaciente con tus amigos.

El.—Es la manera más discreta para decirte lo que eres.

Dib. de Carboneras.

tomará más alegría,
más encanto y esplendor,
y al compás del organillo,
entre un fox o una habanera,
una ebúrnea cocinera
gozará en brazos de Amor.

Ya en el Parque del Oeste
se verán bellas parejas,
que han de hacer fruncir las cejas
con envidia a algún guardián;
ya habrá bronca en Eldorado,
cuando salga la Chelito

y al bailarles su coquito,
burle el ansia de su afán...

.....
Ya está aquí la cofradía
del estudio y la pirueta,
que pondrá en fuga completa
al hastío y al sufrir...

¡Bien venida pues, la tuna
de la juerga en plenilunio...
y después, llegado junio,
al freír será el reír!...

UN GATO DE LA CORTE



LAS MODAS

Las actrices norteamericanas han retornado a la moda de la *esclava*; sólo que ahora en vez de una sutil cadenita, sobre la carne, bajo la media, se ponen una ajorca de gruesos eslabones y piedras adoquinescas que cuestan un elemento de tortilla.



LAS ESTRELLAS DEL CINE

La bellissima Majorie Beebe, antes de retirarse al descanso, hace burla a una de sus artísticas muñecas.

Fot. Fox-Film.